

APRENDER A TENER

Jorge Yarce

Al hacer cosas, en el sentido de producción, de servicio o de trabajo, la persona está poniendo en juego su voluntad.

Si lo hace explícita y advertidamente, busca un sentido, su hacer va hacia el obrar, enlazado por el querer.

Si no lo hace explícitamente, la voluntad implícitamente acepta el acostumbriamiento, la rutina o la despersonalización del hacer.

Un campo donde esto puede observarse más directamente es el de la posesión de las cosas fruto de la producción o del servicio, es decir, los resultados del trabajo en términos de cosas o de bienes que consigo como fruto “mecánico” del mismo:

El dinero que representa la remuneración que recibo por mi contribución particular a la cadena de la producción o del servicio en una empresa.

El hombre es tenedor de las cosas que hace o produce y mantiene un haber de cosas que le rodean y utiliza. Tiene unos medios, entre ellos el dinero.

Si esos medios los convierte en fines, distorsiona su obrar y pone en peligro su auténtica satisfacción, incluso su felicidad por la confusión entre tener y ser. Este está depauperado, descuidado y aquel está crecido, toma ventaja en el proceso.

Hay que saber tener, saber ser propietario, poseedor o usuario de las cosas. Conocerlas y usarlas sin compartir el ser con ellas.

Si lo comparte su ser con ellas, deforma la realidad y la invierte: personifica a las cosas (las quiere, se le meten en el alma) y cosifica a las personas (las trata como si fueran cosas acabadas, terminadas, distantes, indiferentes...).

De ahí a la manipulación de los otros, de sus sentimientos y de su libertad, hay sólo un paso, como lo expresa tan vivamente Tolstoi poniendo a dialogar dos caballos comenta: “Los hombres son muy raros. Dicen: tengo tierras, tengo dinero, tengo casas”. Y a continuación agregan:

“tengo esposa, tengo hijos, tengo amigos. Si el verbo va bien con lo primero, ¿cómo puede explicarse lo segundo? “

Para qué la tarjeta de crédito

En principio el *hacer* (actividad, quehacer, acción productiva) conduce al *tener* (cosas, conocimientos, habilidades, medios).

Pero una cultura del hacer y del tener debe ser asumida por una cultura del trabajo –que busca realizar a la persona, que la hace trascender, es decir, por una cultura del ser que integra el hacer y el tener en el obrar y en el ser. O sea, aprender a trabajar auténticamente.

Hoy vivimos una oleada de activismo, materialismo y consumismo sin precedentes. Los medios de comunicación, especialmente la publicidad, la impulsan fuertemente.

Comprar, gastar, cambiar de moda, despilfarrar o aparentar una posición social determinada, son hábitos muy arraigados.

Es absurdo que mientras las personas se deshacen desaprovechando sus energías interiores o quedándose vacías, se pasen por alto aspectos tan vitales en la formación de la personalidad como la austeridad, la sencillez de vida, el desprendimiento, la generosidad, la sobriedad, el espíritu de servicio, el saberse sacrificar para que otros puedan tener.

Lo importante es que la persona pueda tener ejerciendo un dominio, un señorío sobre las cosas, no siendo dominado por ellas, porque cuando esto ocurre, se viene abajo la estructura medular que une el ser, el pensar, el obrar, el amar, el hacer, el trabajar y el tener.

El tener –según Polo– se refiere no sólo a lo que el hombre hace y tiene de orden material o corpóreo, sino a lo que tiene según el conocimiento y según la virtud, que son realidades más interiores al hombre que la posesión material.

Pero las tres dimensiones están subordinadas entre sí, porque el hombre debe ser dueño de su conducta práctica, capaz de configurar el mundo y ponerlo a su servicio. Nada de lo que él hace puede estar al margen de sus fines.

El tener del que aquí hablamos es el primero - tener físico o de cosas- el que está en línea con la técnica, que es la herramienta que le permite configurar el mundo.

Por eso él le añade su organización propia, humana. Lo habita, lo expresa, lo comunica y responde por él.

“Es tan pobre que sólo tiene dinero”

El hombre tiene que controlar la técnica, no al revés. No atender sólo a los resultados económicos de sus acciones sino a los problemas de interacción con los demás.

Y así debe ocurrir con el tener cosas como fruto de su hacer. Las debe controlar él, no que lo controlen ellas.

Además, el tener como dominio o posesión física de las cosas, del dinero o de lo que se disfruta consigue con él, es algo muy limitado. Y, muchas veces, pasajero.

No puede, pues, la persona aferrarse a él, dejando de lado la posesión, el tener conocimientos, valores, y en general las cosas intangibles que no están sujetas a la inestabilidad de lo material y económico.

Lo anterior conecta el tener con el ser, pasando antes por el hacer convertido en un obrar, en algo sobre lo cual la persona posee control.

Desde los valores y la virtud la persona se da cuenta que buscar sólo su beneficio material propio no basta. Estaría, en el fondo, renunciando a la felicidad.

La virtud exige tener sin temor a perder lo que se tiene, un estar renovando el esfuerzo y la iniciativa y un mirar al otro. Tiene que ir más lejos, salir de sí, y esto sólo lo logra con el dar, con el donar, con el dar sin perder lo que se da, lo que se tiene, proceso en el cual surge la generosidad, que

La generosidad no necesariamente está ligada al tener, porque puedo darme sin tener mucho que dar en el orden material.

Cuando la generosidad se pierde y el tener es amo y señor del pensamiento y del obrar, tiene sentido la expresión: “es tan pobre que lo único que sólo tiene dinero”.

Y al contrario, cuando la generosidad es el amor y señor del pensamiento y del obrar, tiene sentido un comportamiento como el de la Madre Teresa de Calcuta quien, al decirle alguien “Lo que usted está haciendo yo no lo haría ni por un millón de dólares, reaccionó diciendo: “Yo tampoco lo haría por ninguna suma”.

La persona da porque es un ser con intimidad, que se abre al otro, un ser que comprende que su vida como tarea es añadir al tener el dar, y esto es amar.

Amor que resume todas las actitudes del hombre, un amor recíproco que dignifica, que no se cansa de dar, que comparte y colabora, con la esperanza puesta más en los otros que en sí mismo.